

PRÓLOGO

Alberto Lasplaces, el autor de este libro par-
camente rotulado OPINIONES LITERARIAS, es un
hombre joven, un espíritu bien nutrido de lec-
turas, un criterio moderno, pero muy juicioso
y ponderado. Su vida, toda su vida, podría con-
tarse en cuatro rasgos de pluma: es una vida
que llena por completo el ansia irrefrenable de sa-
ber, y al cabo, un único, pero hondísimo dolor. Na-
ció en Montevideo, en el año 1887, y cursó los es-
tudios reglamentarios para graduarse maestro. Ac-
tualmente, desempeña el cargo de Subdirector del
Instituto Normal de Maestros; y a la vez, respon-
diendo a sus inclinaciones periodísticas, escribe los
editoriales de la sección "Exterior" del gran me-
tropolitano que es "El Día". Nada más. En su vi-
da no hay accidentes ni aventuras, de esos que sue-
len hacer romancesca la existencia de un escritor.
Es lo que él mismo me confesara no ha mucho tiem-
po todavía: — "A mi no me ha pasado nada que
no sea común e insignificante, nada que no sea des-
provisto de interés". — Perc, si la vida de este
hombre joven no da tema a los rebuscadores de
anécdotas y a los coleccionistas de típicos sucedi-

dos, en cambio puede resultar interesantísima para el que, remontándose más alto, sabe desentrañar una enseñanza moral de las características personales de un carácter.

Es Lasplacés un luchador que todo lo que es y vale se lo debe exclusivamente a la virtud de su esfuerzo propio. Si ha triunfado y se ha impuesto en nuestro medio, tan cicatero de suyo para reconocer el mérito extraño, no es ciertamente porque haya acudido a la r  clame y otros medios ilícitos, muy frecuentes en los muchachos que hacen sus armas en el coso de las letras. Modesto y reservado, no buscó jams   el aplauso popular ni la ayuda de camarillas y amigos complacientes. Empez   a estudiar como todos los estudiantes; más ense  uida se diferenció de ellos porque no estudiaba para conseguir un título académico, sino porque tenía hambre de saber. Así, al propio tiempo que almacenaba aquellos conocimientos que exigen los programas pedagógicos para cimentar una carrera liberal, di   suelta a las alas de su espíritu, ganso de luz e inmensidad, y siguió leyendo y estudiando ex-cathedra como un poseído. Toda su juventud es eso, nada más: una ininterrumpida gimnasia intelectual, una vigilia perpetua sobre los libros, un glorioso triunfo de Ariel sobre Calibán. Mientras los otros muchachos, con precocidades dionisi  cas, sólo aciertan a ornar sus sienes con pámpanos y rosas, él, muy juiciosamente, no tuvo más premioso cuidado que cultivar su jardín interior para hacer reto  ar en él las flores luminosas de la sabiduría. La palidez de su rostro,

la melancolía de sus pupilas, la gravedad que se incrusta en la comisura de sus labios, no le fueron dadas por Afrodita: Minerva es quien le ha estigmatizado así, después de haberle sorprendido un año y otro año, toda su vida juvenil, sobre los libros, bajo la tenue caricia de la lámpara noctúmbula.

Entonces, a los treinta años, Lasplaces fué un artífice y un pensador. En un volumen de versos, que intituló "Salmos a la Vida", dijo toda la gloria de la existencia sana y fuerte, de la luz que vibra en el espacio, del movimiento que anima a los orbes. Yo nunca he comprendido que almas en flor, corazones juveniles, mentalidades recién abiertas al mundo, como no sea por "pose" o imitación, den de exprofeso en la elegía, y canten desesperanzas, amarguras y dolores que parecen ser, lógicamente, atributos de otra edad de la vida, aquélla que agostan los cierzos otoñales. La juventud briosa y fuerte, sana y ensoñadora, ríe en el aire azul, conmueve los ecos de los prados con sus loas triunfadoras, escala las cimas para poner sobre ellas las rosas de fuego de su sangre transparente y el altivo resplandor de su avasallante idealidad. Y de todo esto hay un poco en los versos límpidos y armoniosos de Lasplaces. No llora y se desespera tras mentidos dolores y fingidas adversidades; se regocija de vivir y canta el triunfo de la vida. Es sincero, es franco, es honesto en la exteriorización de sus sentimientos,—y por eso es tan distinto de los poetas melenculosos y llorones del viejo romanticismo y de los encor-

setados y fríos del decadentismo vulgar. Oídle: “Es mi frescura la de veinte años, — tierra maravillosa de alegría; — yo no sé lo que son los desengaños — ni he visto nunca a la melancolía.” Y más adelante: “No conozco el dolor ni los agravios, — es una fiesta azul la vida mía; — la risa se prendó de mis dos labios, — justo, es, pues, a lo menos, que sonría. — Amo la vida con mi amor primero, — amo de la mujer el dulce hechizo, — la libertad como un aventurero — y a mí propio lo mismo que un Narciso. — Mi riqueza es tan grande como el mundo; — no hay un palacio como mi palacio; — soy miserable como un vagabundo, — millonario de estrellas y de espacio.”

Mientras cantaba así la gloria del vivir, en versos de un timbre gorgiante, que es el timbre de las alondras matinales, Lasplaces, en otras horas de retraining y meditación, disciplinaba su espíritu en el estudio de problemas de verdadera conjundia social. Para certificar esta dexteridad mental, este doble juego de su robusto pensamiento, no hay más que recordar algunos de los muy encomiables trabajos que lleva publicados: “Génesis de la revuelta”, una disquisición sobre el origen de nuestras guerras civiles; “Las ciencias económicas y sociales y la acción de la escuela primaria”, conferencia pedagógica; “Cinco meses de guerra”, diario de un espíritu ante la inmensa demencia de la guerra europea y “Los parásitos”, drama social, cuya tesis sacudió una sala rebotante de espectadores con la estimulante energía de un vibrante latigazo.

Obra de pensador y de artífice, — he dicho antes; — ese será el doble título con que clasifique a nuestro escritor el crítico o exégeta que algún día escriba la historia de nuestra literatura. Si por el cuidado de la forma, — limpia de oropeles y clara como un chorro de agua cristalina, — cabe clasificar a Alberto Lasplaces en el núcleo de nuestros buenos artistas, por la valentía y seriedad de su pensamiento, por su amor de las ideas avanzadas y su respeto del pueblo, forzoso será clasificarlo entre nuestros más celebrados pensadores. Su obra total, por muy dispersa en cinco años de vida periodística, acaso escape ahora a la visión de sus amigos y compañeros, mas no podría pasar inadvertida para el hombre de estudio que venga a desentrañar los reales valores de esta gran época de reconstrucción y de conquistas sociales que nuestro país está viviendo desde hace algunos años. Y entonces será el momento en que pueda juzgarse con acierto y verdad la hermosa labor que ya lleva cumplida el joven Lasplaces.

Del libro que tienes en las manos, lector, nada debo decirte. Tú eres quien juzgará de su mérito y significación. Yo he cumplido mi deber con presentarte a su autor: ya sabes que no es un quidán cualquiera, ni siquiera uno de esos autorcillos burgueses, muy relamidos, muy celebrados, que no conmueven la digestión de nadie porque ninguna substancia ponen en lo que debe ser digerido. Trátase de un escritor fuerte, sincero y noble, que tiene el valor de sus juicios y que sabe a las veces imponerlos por la reflexión y el sólido ra-

zonamiento, — no a trancazos ni arbitrariamente como suelen hacerlo los atrevidos e insinceros. Acaso algunos juicios consignados en esta obra choquen con tu modo de pensar (yo mismo no comparto varias de sus apreciaciones sobre Rodó y Ernesto Herrera, pongo por ejemplo); pero siempre admirarás en él la franqueza e hidalguía con que procede el señor Lasplaces. Esta ruda franqueza y esa caballeresca hidalguía son, justamente, los mejores títulos que puedo señalarte en el libro *OPINIONES LITERARIAS*, porque, rompiendo abiertamente con muchas ideas corrientes y con muchos fallos pasados en autoridad de cosa juzgada en la conciencia pública, el autor se atreve a decir todo lo que piensa sin cuidarse de halagar a nadie y sin temor de herir a los que le leen. Por lo demás, — debo apresurarme a decirlo, — no hay en esta obra virulencia ni ensañamiento contra nadie: los mismos fallos adversos, tienen una seriedad y rectitud que los equilibra y ennoblece. Lasplaces responde plenamente a la conocida sentencia moral de Janet: “No siempre está bien decir todo lo que se piensa; pero es necesario cuidarse de albergar en el pensamiento nada que no pueda decirse.”

VÍCTOR PÉREZ PETIT.
